

Día 17. La traición

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre de bondad, que quisiste que tu Hijo fuese entregado por uno de los suyos para que se cumpliera así tu plan de salvación: te ruego que, por medio del Espíritu Santo, me introduces en el Corazón de Cristo para que, inflamado en el fuego de su amor, aprenda a entregarme sin reservas al fiel cumplimiento de tus designios redentores.

MEDITACIÓN:

Ayer meditamos sobre la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní, y hoy pondremos nuestra atención en el momento en que aparece Judas, acompañado de los judíos, para prender a Jesús. Escuchemos el testimonio que san Mateo nos deja de este momento:

Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: «Al que yo bese, ese es: prendedlo». Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!» Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Amigo, ¿a qué vienes?» Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron. (Mt 26, 47-50)

No puede dejarnos indiferentes la contemplación del Corazón de Cristo en este momento cumbre de su vida: Jesús vuelve a los suyos, de nuevo dormidos. Solo uno de los doce está en vela, y no para acompañarle en ese momento de angustia mortal, sino para traicionarle.

Podemos suponer que, en medio de aquella noche, Jesús viera acercarse las antorchas encendidas de aquella turba que se acercaba para prenderle; y puede que incluso llegara a escuchar el susurro de esa voz conocida: “*al que yo bese, ese es: prendedlo*”, que se le clavaría como un puñal... Y despierta a los otros apóstoles cuando ya están llegando ante ellos, cuando llega Judas frente a su Maestro para besarle, como había dicho que haría.

¡Cuántos momentos pasarían entonces por la mente y el Corazón de Jesús esperando ese beso! «Judas Iscariote», elegido por su Padre para ser uno de sus íntimos. Le había confiado sus inquietudes, preocupaciones, deseos, alegrías... Todo lo había compartido con él. Lo expresaba así san Juan Crisóstomo, padre de la Iglesia: «Jesucristo llena de beneficios a Judas el traidor: lava sus pies, le reprocha sin acritud, le censura con discreción, busca ganar su corazón, le honra hasta comer con él, hasta abrazarle, e incluso cuando Judas no recapacita, Jesucristo no cesa en su buen empeño»¹, llegando a llamarle amigo en el instante mismo de entregarle en poder de los judíos. «Amigo, no porque lo eres, sino porque lo puedes ser. Amigo, porque de parte mía lo serás desde ahora»².

El Corazón de Jesús es para con cada uno de nosotros como es con Judas: le ha amado y elegido desde siempre con un amor infinito, pensado y creado con un proyecto de amor. Nuestro pecado supone un rechazo de Dios y de su plan; cada vez que pecamos herimos el corazón paternal de Dios que, queriendo darnos lo mejor, nos ve optar por nuestras esclavitudes y nimiedades... Pero, si no está en nuestra mano el no pecar, si acabaremos «necesariamente» hiriendo al Señor, ¿cómo podemos no ser otro «Judas»?

La clave nos la da el Papa Francisco en la *Dilexit nos*:

El inevitable deseo de consolar a Cristo, que parte del dolor de contemplar lo que sufrió por nosotros, se alimenta también en el reconocimiento sincero de nuestras esclavitudes, los

¹ San Juan Crisóstomo, *In Ioannes 71, 4*

² P. Luis M^a Mendizábal, *Meditaciones de los Ejercicios Espirituales*

apegos, las faltas de alegría en la fe, las búsquedas vanas, y, más allá de los pecados concretos, la no correspondencia del corazón a su amor y a su proyecto. Es una experiencia que nos purifica, porque el amor necesita la purificación de las lágrimas que al final nos dejan más sed de Dios y menos obsesión por nosotros mismos.³

El pecado mayor de Judas no fue su traición, sino su incapacidad para acogerse a la misericordia de Dios como sí lo haría Pedro horas después, cuando negó a Jesús. Pero lo que nos dice el Papa es tremendamente consolador, pues nos recuerda lo que san Pablo escribió a los romanos: «*Todo es para el bien de los que aman a Dios*». (Rom 8, 28) Hasta de nuestro pecado el Señor puede sacar frutos buenos que nos acerquen más a Él. Incluso podemos decir que estos momentos de caída y dolor son, muchas veces, de esos «momentos fuertes» que alimentan y robustecen nuestra esperanza, cuando a veces se nos vuelve borrosa la meta de nuestro peregrinar terreno: el encuentro con el Señor Jesús.⁴

PROPÓSITO:

Jesús, ayúdame a darme cuenta de cuando peco o falto hoy, y enséñame a esforzarme en ver cómo he herido tu corazón para tratar de consolar el dolor que te he provocado.

JACULATORIA:

Jesús, de corazón siempre abierto al perdón, enséñame a acogerme a tu misericordia.

³ Carta enc. *Dilexit nos*, n. 158

⁴ *Spes non confundit* n. 5